

CHRISTOPHER ISHERWOOD

UN HOMBRE
SOLTERO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A Single Man*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1964 by Christopher Isherwood. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2019 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17346-95-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 527-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Gore Vidal.

El despertar comienza al decir «soy» y «ahora». Lo que ha despertado permanece tumbado durante un rato mirando fijamente al techo y escudriñando en su interior hasta que reconoce el «yo», y de ahí deduce «yo soy», «yo soy ahora». Después viene el «aquí», que aunque funesto resulta al menos tranquilizador, pues en ese «aquí», en esa mañana, es donde esperaba encontrarse; como se suele decir, «en casa».

Pero «ahora» no señala el mero momento presente, «ahora» es también un cruel recordatorio: un día más que ayer, un año más que el año pasado. Cada «ahora» se etiqueta con su fecha y vuelve obsoletos todos los «ahora» que lo preceden, hasta que, tarde o temprano, quizá, quizá no, con toda certeza llegue.

El miedo atenaza el nervio vago. Un miedo enfermizo a lo que espera, en algún lugar, ahí fuera, justo enfrente.

Pero, entretanto, la corteza cerebral ha ocupado su lugar en la sala de mando con rigurosa disciplina y ha ido comprobando, uno a uno, el funcionamiento de los controles: las piernas se estiran, la zona lumbar se arquea, los dedos se tensan y luego se relajan. Sólo entonces el sistema de comunicación central emite la primera orden del día: ¡ARRIBA!

El cuerpo se levanta obediente de la cama—estremeciéndose por las punzadas que la artritis le provoca en los pulgares y la rodilla izquierda, medio mareado por un píloro espasmódico—y, desnudo, se dirige arrastrando los pies al cuarto de baño, donde vacía la vejiga y se pesa. ¡Todavía algo más de sesenta y ocho kilos, a pesar de todos los esfuerzos en el gimnasio! Luego al espejo.

Lo que ve, más que un rostro, es la encarnación de un conflicto. Lo que se ha hecho a sí mismo en sus cincuenta y ocho años de vida, el desastre en que ha logrado convertirse; lo revelan su mirada apagada e inquieta, su nariz tosca, las comisuras de los labios caídas que dibujan una mueca como si sus propias toxinas hubieran alcanzado el máximo de amargura, las mejillas desprendidas del anclaje de los músculos, el cuello flácido colgando en pequeños pliegues. Tiene el lamentable aspecto de un nadador o un corredor extenuado, y sin embargo ni se plantea detenerse. La criatura que contemplamos seguirá luchando hasta caer. No porque sea heroica, sino porque no concibe otra alternativa.

Con la mirada clavada en el espejo, ve los múltiples rostros que alberga el suyo—el rostro de un niño, el de un muchacho, el de un hombre joven, el de uno no tan joven—, todos aún presentes, conservados como fósiles en capas superpuestas y, al igual que los fósiles, muertos. El mensaje de todos ellos a la criatura muerta en vida es: ¿ves?, nosotros estamos muertos, ¿por qué tener miedo?

La criatura les responde: Pero eso fue algo progresivo, natural. *Yo tengo miedo de que me metan prisa.*

Continúa mirando fijamente. Entreabre los labios. Comienza a respirar por la boca hasta que la corteza cerebral le ordena con impaciencia que se lave, se afeite, se peine. Debe cubrir su cuerpo desnudo. Debe vestirse porque se dispone a salir a la calle, al mundo en que viven los demás, y deben poder identificarlo. Su comportamiento ha de resultarles aceptable.

Obedientemente se lava, se afeita y se peina; acepta sus responsabilidades para con los demás. Le complace incluso ocupar un lugar entre ellos. Sabe lo que se espera de él.

Conoce su nombre. Le llaman George.

Una vez vestido se ha convertido en él. Ya casi es George, aunque no el George que los demás esperan y están dispuestos a reconocer. Las personas que le telefonan a esta hora de la mañana quedarían asombradas, tal vez incluso alarmadas, si se dieran cuenta de que están hablando con algo no del todo humano. Aunque, claro está, nunca se percatarán de ello: imita a la perfección la voz del George al que ellos conocen. La propia Charlotte cae en el engaño. Sólo en un par de ocasiones ha notado algo extraño y ha preguntado: «Geo..., ¿estás bien?».

Atraviesa la habitación delantera, que llama «el estudio», y baja por la escalera, empinada y estrecha, cuyos escalones giran formando un ángulo recto. Se pueden tocar ambas barandillas con los codos y uno debe agachar la cabeza, aunque sólo mida, como George, un metro ochenta. Es una casa pequeña y bien aprovechada. A menudo se siente protegido por su tamaño reducido. Apenas hay espacio para sentirse solo.

Y sin embargo...

Imaginemos a dos personas que viven juntas, día tras día, año tras año, en este espacio pequeño, cocinando codo con codo en la misma cocina diminuta, rozándose en la angosta escalera, afeitándose frente al mismo espejito: siempre topando, empujándose, chocando sin querer o a propósito, sensual, agresiva, torpe o impacientemente, con rabia o con amor. Imaginemos la estela, profunda e invisible a un tiempo, que han debido dejar tras de sí. La entrada de la cocina es demasiado estrecha. Dos personas apresuradas, cargadas de platos servidos, tienden a tropezarse en un lugar así. Y allí, al pie de la escalera, es donde casi cada mañana George tiene la sensación de encontrarse de pronto ante una abrupta grieta abierta de manera brutal. Como si el camino hubiera desaparecido bajo un derrumbamiento. Allí

se detiene en seco y el recuerdo vuelve con la nauseabunda frescura de la primera vez: Jim está muerto. Está muerto.

Se queda muy quieto, en silencio, emitiendo a lo sumo un breve gruñido, a la espera de que el espasmo remita. Luego entra en la cocina. Estos ataques matutinos son demasiado dolorosos para considerarlos sólo desde una perspectiva sentimental. Una vez pasados, se siente aliviado. Nada más. Como si de un molesto calambre se tratara.

Hoy hay más hormigas: avanzan en fila india por el suelo, trepan al fregadero y amenazan con entrar en el armario donde guarda la mermelada y la miel. Pertinaz, las aniquila con insecticida, y mientras lo hace cobra conciencia de sí mismo. Un ser viejo, obstinado y malévolo imponiendo su voluntad sobre unos insectos tan ejemplares y dignos de admiración. La vida destruyendo la vida ante un público compuesto de objetos—ollas y sartenes, cuchillos y tenedores, latas y botellas—que no forman parte del reino de la evolución. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Es acaso una especie de enemigo cósmico, un architirano que intenta negar nuestra existencia enfrentándonos a nuestros aliados naturales, víctimas como nosotros de su tiranía? Pero para cuando George ha terminado de pensar todo esto, las hormigas ya están muertas, las ha recogido con un trapo húmedo y las ha arrojado al fregadero.

Se prepara unos huevos escalfados con beicon, tostadas y café, y se los toma sentado a la mesa de la cocina. Y mientras lo hace en su cabeza suena una y otra vez la canción infantil que su niñera le enseñó en Inglaterra, hace ya tantos años: «*Las tostadas con huevos escalfados son un manjar...*». (Aún la recuerda nítidamente, tenía el cabello cano y unos ojos brillantes de ratoncillo, era pequeña y regordeta; en-

traba en el cuarto de los niños con la bandeja del desayuno, jadeante aún tras subir tantas escaleras. Solía protestar por lo empinadas que eran y las llamaba «La Montaña de Madera», una de las frases mágicas de su niñez). «*Las tostadas con huevos escalfados son un manjar, | cuando las pruebas no querrás una, sino un par*».

¡Ay, la ternura desgarradoramente efímera de los placeres infantiles! El señorito George saborea los huevos. La niñera lo observa y sonrío complacida porque todo está en orden en su pequeño, adorable y condenado mundo.

Desayunar con Jim solía ser uno de los momentos más especiales del día. Era entonces, mientras bebían la segunda o tercera taza de café, cuando mantenían las mejores conversaciones. Hablaban de cuanto se les ocurría, incluso de la muerte, por supuesto, y de si había algo después, y en ese caso, qué era exactamente lo que pervivía. Hablaban incluso de las ventajas y las desventajas de una muerte instantánea o de saber que uno va a morir. Pero, por mucho que se esfuerce, George no logra recordar qué opinaba Jim al respecto. Es difícil tomarse en serio estas cuestiones. Suenan muy académicas.

Supongamos por un momento que los muertos vuelven a visitar a los vivos. Que algo a lo que podríamos llamar Jim regresara para ver cómo se las arregla George. ¿Merecería en realidad la pena? ¿No sería, en el mejor de los casos, comparable a la breve visita de un observador extranjero, a quien se permite echar un vistazo desde el vasto ámbito de su libertad para ver de lejos, a través de un cristal, la figura solitaria sentada a una mesita en una habitación estrecha, comiendo triste y desgánadamente sus huevos escalfados, un prisionero de por vida?

La sala de estar es oscura y de techo bajo; estanterías repletas de libros recubren la pared frente a las ventanas. Los libros no han hecho a George más noble, más sabio ni mejor persona. Simplemente le gusta escuchar sus voces, una u otra según su estado de ánimo. Abusa de ellos sin reparo—pese a que en público los menciona con reverencia—para conciliar el sueño, para olvidar el movimiento de las agujas del reloj, para aliviar los espasmos pilóricos, para que lo rescaten de la melancolía con sus chismes, para activar los reflejos condicionados del colon.

Toma uno, y Ruskin le dice:

... cuando ibais a la escuela os gustaban las pistolas de juguete, y los rifles; en cuanto a los cañones Armstrong, no son más que versiones mejoradas de ellos. Pero lo peor es que lo que para vosotros, de niños, era un juego, era otra cosa muy distinta para los gorriones; y lo que hoy tomáis como un juego, tampoco lo es para los pajarillos de la nación. Y en cuanto al águila negra, si no me equivoco, no parecéis muy dispuestos a disparar contra ella.

Qué insoportable el viejo Ruskin, siempre en posesión de la verdad, tan chiflado, malhumorado y patilludo, sermoneando a los ingleses: hoy es el compañero perfecto para pasar cinco minutos en el retrete. George comienza a notar aquella agradable premura en el vientre y, libro en mano, sube a paso ligero la escalera camino del baño.

Sentado en la taza del váter, mira por la ventana. (Al otro lado de la calle le pueden ver la cabeza y los hombros, pero no lo que está haciendo). Es una cálida y gris mañana de invierno en California; el cielo está bajo y plomizo por la niebla del Pacífico. Abajo, en la orilla, cielo y mar se funden

en un gris suave y triste. Las palmeras se yerguen inmóviles y las hojas de las adelfas destilan humedad.

La calle se llama Camphor Tree Lane. Es posible que en otros tiempos crecieran alcanforeros en esta zona; ahora no hay ni uno. Aunque lo más probable es que el nombre lo eligieran por su carácter pintoresco los primeros en huir del deprimente centro de Los Ángeles y de la abarrotada y snob Pasadena, que se establecieron aquí y fundaron la colonia al principio de los años veinte. Calificaban de casitas de campo los bungalós estucados y las cabañas de madera en las que vivían, a las que ponían nombres bonitos como Fo'c'sle y Hi Nuff. Llamaban a las calles «senderos» o «caminos» en consonancia con el ambiente selvático que pretendían crear. Soñaban con fundar un pueblo inglés subtropical con aires de Montmartre, un lugar tranquilo donde poder pintar un poco, escribir otro poco y beber mucho más. Se consideraban individualistas de retaguardia resistiéndose desesperadamente a la llegada del siglo xx. Se pasaban el día dando gracias por haber escapado del descorazonador mercantilismo de la ciudad. Eran vulgares, alegres e insolentemente bohemios; sentían una curiosidad insaciable por lo que hacían sus vecinos y eran inmensamente tolerantes. Cuando se peleaban, por lo menos lo hacían con puños, botellas y muebles, nunca con abogados. La gran mayoría tuvo la suerte de morir antes del Gran Cambio.

El Cambio comenzó a finales de los años cuarenta, cuando los veteranos de la Segunda Guerra Mundial regresaron del este con sus recién estrenadas esposas, en busca de nuevos y mejores lugares para reproducirse en el soleado sur, esa última y nostálgica imagen del hogar captada antes de embarcar rumbo al Pacífico Y qué mejor lugar para tener criaturas que este barrio en las colinas, a sólo cinco minutos a pie de la playa y sin tráfico que pudiera diezmar su

futura prole. Y así, una tras otra, las casitas de campo que solían apestar a ginebra de garrafa y resonar con la poesía de Hart Crane cayeron ante el avance del ejército invasor de televidentes bebedores de Coca-Cola.

No hay duda de que los veteranos se habrían adaptado bastante bien a la utopía bohemia original. Quizá alguno de ellos habría tratado de pintar o escribir entre resaca y resaca. Pero sus mujeres les dejaron muy claro desde el principio que la bohemia y la procreación eran incompatibles. Para formar una familia hay que tener un trabajo fijo, una hipoteca, crédito y un seguro. Y que no se te ocurra morirte hasta que el futuro de la familia esté asegurado.

Camada tras camada, fue apareciendo la prole. La antigua escuela, antes pequeña, se convirtió en un complejo grande y espacioso. Y el destartalado mercado del paseo marítimo se transformó en un supermercado. En Camphor Tree Lane se colocaron dos señales. Una informaba de que los berros que crecían a orillas del arroyo no eran comestibles porque el agua estaba contaminada. (Los primeros colonos los consumieron durante años, incluso George y Jim probaron algunos sin que les ocurriera nada y les parecieron una delicia). La otra señal—unas siniestras siluetas negras sobre fondo amarillo—decía PRECAUCIÓN: NIÑOS JUGANDO.

Por supuesto, George y Jim vieron la señal amarilla la primera vez que visitaron la zona cuando buscaban vivienda, pero la pasaron por alto porque ya se habían enamorado de la casa. Les gustó porque sólo se podía llegar a ella por el puente que cruzaba el arroyo; los árboles que la rodeaban y el escarpado peñasco cubierto de arbustos que tenía detrás la cercaban como una casa en el claro de un bosque.

—Es como si estuviéramos en nuestra propia isla—dijo George.

Caminaron con las piernas hundidas hasta los tobillos por las hojas muertas del sicomoro (una molestia crónica), decididos desde aquel momento a que todo les gustara. Al atisbar el sombrío y húmedo salón, convinieron en lo acogedor que resultaría de noche cuando encendieran la chimenea. Una tupida hiedra, mitad viva, mitad muerta, cubría el garaje, y hacía que pareciera el doble de grande. El interior era diminuto, pues se había construido en tiempos del Ford T. A Jim le pareció que podrían usarlo como caseta para los animales; al fin y al cabo, sus coches no cabrían. Pero podrían aparcar en el puente, que, se percataron, había empezado a ceder un poco.

—Bueno, espero que al menos aguante mientras estamos aquí—dijo Jim.

Sin duda los niños del vecindario ven la casa como lo hicieron George y Jim aquella primera tarde. La hiedra le confiere un aspecto sombrío y clandestino que la convierte en la guarida perfecta para el monstruo malvado de los cuentos. Y éste es el papel que George ha venido representando, cada vez con mayor agresividad, desde que vive solo. Deja aflorar un aspecto de su personalidad que le horrorizaba mostrar ante Jim. ¿Qué diría si viera a George haciendo aspavientos con los brazos y chillando como un loco desde la ventana mientras Benny, el hijo de la señora Strunk, y Joe, el hijo de la señora Garfein, corren puente arriba, puente abajo temerariamente? (A Jim se le daba muy bien tratar con ellos. Les permitía acariciar las mofetas y el mapache y hablar con el pájaro miná, y sin embargo nunca cruzaban el puente sin permiso).

La señora Strunk, la vecina de enfrente, regaña diligentemente a sus hijos de vez en cuando, advirtiéndoles que lo dejen en paz, explicándoles que es profesor y tiene mucho trabajo. Pero por muy amable que sea la señora Strunk—a quien el ajetreo de las tareas domésticas le confiere una cansada mansedumbre y cuyo recuerdo de su carrera como cantante radiofónica, que debió abandonar para darle al señor Strunk cinco hijos y dos hijas, le concede un aire melancólico—, no puede evitar decirle a George, con una sonrisa de maternal indulgencia y casi dando a entender que lo aprueba, que Benny (el pequeño) se refiere a él como «ese hombre» desde que lo echó del patio, persiguiéndolo por el puente y calle abajo. El niño había estado golpeando la puerta de la casa con un martillo.

George se avergüenza de sus bramidos porque no es teatro. Pierde de verdad los estribos; después se siente humillado y tiene náuseas. Al mismo tiempo es consciente de que los niños quieren que se comporte así. Si un día se negara a ejercer de monstruo y ya no pudieran provocarlo, tendrían que buscarse un sustituto en otra parte. La pregunta «¿Finge o nos odia realmente?» nunca se les pasa por la cabeza. Sólo les interesa en cuanto personaje de las historias que se inventan. George es el único que se preocupa. Por eso se avergüenza aún más de su momento de debilidad, hace cosa de un mes, cuando compró caramelos y se los ofreció a un grupo en la calle. Los aceptaron sin dar las gracias, con expresión curiosa e incómoda, recibiendo de él probablemente su primera lección sobre el desprecio.

Entretanto Ruskin ha perdido completamente los papeles. «¡El gusto es la ÚNICA moralidad!», vocifera, apuntando a George con el dedo. Se está poniendo pesado, así que

George cierra el libro y lo deja con la palabra en la boca. Sentado aún en la taza del váter, mira por la ventana.

La mañana es apacible. Casi todos los niños están en el colegio. Aún faltan un par de semanas para las vacaciones de Navidad. (Al pensar en la Navidad, George siente un escalofrío de desesperación. Quizá esta vez haga algo drástico: volar a Ciudad de México para emborracharse y alborotar durante una semana de bar en bar. No lo harás, ni ahora ni nunca, dice una gélida voz en su interior, harta de él).

¡Ah!, allí está Benny, martillo en mano. Rebusca en los cubos de basura alineados en la acera para la recogida hasta extraer una báscula de baño rota. George contempla a Benny golpearla con el martillo, profiriendo alaridos para fingir que el objeto grita de dolor. ¡Y pensar que la señora Strunk, la orgullosa madre de la criatura, solía preguntar a Jim, estremeciéndose de asco, cómo era capaz de tocar las inofensivas crías de culebra!

En esto la señora Strunk sale al porche, justo en el momento en que Benny acaba de descuartizar la báscula y se detiene a contemplar las vísceras de la máquina esparcidas por el suelo. «¡Ponla en su sitio!—le grita—. ¡En el cubo! ¡Ponla en su sitio inmediatamente! ¡¡En su sitio!! ¡¡En el cubo!!». Sube y baja la voz, hablando con un tonillo deliberadamente amable. Nunca levanta la voz a sus hijos. Ha leído todos los libros de psicología. Sabe que Benny está pasando por una fase agresiva como es de esperar a su edad. Lo más normal y saludable del mundo. Es consciente de que la pueden oír en toda la calle. Está en su derecho, porque es la Hora de las Madres. Cuando Benny vuelve a tirar por fin algunas piezas rotas al cubo de la basura, canturrea «¡Buen chico!», y vuelve a entrar sonriente en la casa.

Entonces Benny decide ir a molestar a tres niños mucho más pequeños que él, dos niños y una niña que están tra-

tando de cavar un hoyo en la parcela vacía que hay entre las casas de los Strunk y de los Garfein. (Sus casas dan a la calle, en claro contraste con la apartada guarida de George).

En la parcela vacía, bajo el enorme y viejo eucalipto, Benny se ha hecho cargo de la excavación. Se quita la cazadora y se la tira a la niña; luego se escupe en las manos y coge la pala. Finge ser algún personaje de la televisión en busca de un tesoro escondido. Las vidas de estos niños no son más que un batiburrillo de imitaciones. En cuanto aprenden a hablar, empiezan a cantar las canciones de los anuncios.

Pero uno de los niños—quizá tan aburrido de ver cavar hoyos a Benny como éste lo está de las excursiones didácticas que organiza su padre—se aparta del grupo y dispara un cañón de juguete. George ya ha ido a hablar con la señora Strunk del cañón, y le ha rogado que explique a la madre del niño que le está volviendo loco por momentos. Pero la señora Strunk no quiere interferir en la anarquía de la naturaleza. Sonriendo evasiva, dice a George: «A mí es que el ruido que hacen los niños no me molesta lo más mínimo... mientras sea un ruido *feliz*».

La hora de la señora Strunk y la potestad maternal durarán hasta la media tarde, cuando los hijos y las hijas mayores regresen del colegio. Llegan juntos, pero los chicos se separan del grupo casi de inmediato para tomar parte en la hora masculina, en que se juega a la pelota. Hablan a gritos, rudamente, se dan patadas, saltan y se empujan con elegante arrogancia. Cuando la pelota aterriza en un jardín, pisean las flores, invaden las rocallas, irrumpen en los patios, sin pensar siquiera en disculparse. Si un coche se aventura en esa calle, debe detenerse y esperar hasta que se le permita continuar: conocen sus derechos. Ahora las madres deben confinar a los más pequeños en casa, a salvo de cualquier peligro. Las niñas se sientan en los porches, entre ri-

sitas. Sólo tienen ojos para los chicos y hacen las cosas más extrañas para llamar su atención. Por ejemplo, las chicas Cody se dedican a abanicar a su viejo caniche negro como si fuera Cleopatra en el Nilo. Pero nadie les hace caso, ni siquiera los chicos con los que salen: ésta no es su hora. Los únicos chicos dispuestos a hablar con ellas son los de voz y modales delicados. Como el hijo del doctor, bastante mariposa, que pone lazos en los rizos del caniche.

Luego los hombres regresan al fin del trabajo. Esta hora les pertenece, por lo que ya no se puede jugar a la pelota. No ha hecho ningún bien a los nervios del señor Strunk tener que pasarse el día tratando de vender una propiedad a un viudo rico con cerebro de mosquito, y el humor del señor Garfein es imprevisible tras las tensiones en su empresa de instalación de piscinas. Ellos, como los demás padres, ya no pueden soportar más ruido. (Los domingos, el señor Strunk juega a la pelota con sus hijos, pero sólo para hacer ejercicio, es un asunto serio y educado, en absoluto divertido).

Cada fin de semana se organiza alguna fiesta. Se anima a los adolescentes a que salgan, bailen y se hagan carantoñas, aunque no hayan terminado los deberes, porque los adultos necesitan desesperadamente relajarse sin que nadie los observe. La señora Strunk prepara ensaladas con la señora Garfein en la cocina; el señor Strunk se ocupa de la barbacoa en el patio mientras el señor Garfein atraviesa el solar vacío con una bandeja de botellas y una coctelera y anuncia alegremente con el vozarrón de un marine curtido: «¡Marchando una ronda de martinis!».

Y dos o tres horas más tarde, tras disfrutar de los cócteles entre risotadas, compartir anécdotas asombrosamente obscenas, pellizcar con mayor o menor disimulo el culo de las mujeres de los otros y tomar filetes y tarta, y mien-

tras «las chicas»—como seguirán refiriéndose a sí mismas la señora Strunk y las demás aunque lleguen a los noventa años—friegan los platos, el señor Strunk y el resto de maridos continúan hablando a carcajada suelta en el porche, copa en mano, con voz pastosa. Al fin las preocupaciones del trabajo han quedado atrás. Están satisfechos y llenos de orgullo, pues hasta el más insignificante del grupo participa de la utopía americana, el reino de la buena vida terrenal, que los rusos imitan con vulgaridad y los chinos odian, aunque en el fondo estén dispuestos a purgarse y hacer pasar hambre a generaciones enteras con la vana esperanza de heredarlo. ¡Sí, señor!, Strunk y Garfein están orgullosos de su reino. Pero entonces, ¿por qué sus voces suenan como las de los críos cuando se llaman unos a otros al explorar una cueva oscura y desconocida, cada vez más altas y atrevidas? ¿Son conscientes de que tienen miedo? No. Pero lo tienen, y mucho.

¿De qué tienen miedo?

Temen lo que pueda albergar la oscuridad que los rodea, aquello que en cualquier momento pueda revelar la irrefutable luz de sus linternas y que nunca más podrá ser ignorado ni justificado. El demonio que no se ciñe a sus estadísticas, la gorgona que rechaza la cirugía plástica, el vampiro que chupa la sangre sin elegancia ni tacto alguno, la bestia hedionda que desprecia el desodorante, lo indecible que insiste, por mucho que intenten acallararlo, en ser nombrado.

En la larga lista de monstruos a los que temen, piensa George, estoy yo, pobre de mí.

George supone que el señor Strunk intenta definirlo con una palabra. *Marica*, gruñe sin duda. Pero, como al fin y al cabo es 1962, puede ser que incluso alguien como él añada: Me trae sin cuidado lo que haga mientras no se me acerque. Hasta los psicólogos discrepan sobre las conclusiones que

se pueden sacar acerca de los señores Strunk de este mundo basándose en tal observación. El hecho es que el propio señor Strunk, a juzgar por una fotografía en la que aparece vestido de futbolista en la universidad, era lo que muchos llamarían «todo un muñeco».

Sin embargo, George está seguro de que la señora Strunk se permite disentir educadamente de su marido. Es muy versada en la nueva tolerancia, una técnica de aniquilación basada en la condescendencia. Saca el libro de psicología—salmos y velas ya no son necesarios—y, con vocecita cantarina, procede a exorcizar lo innombrable del cuerpo de George. No hay motivo para sentir repugnancia, salmodia, ni para condenarlo, pues no se trata de una perversión deliberada. Todo es debido a la genética, al entorno en que uno crece (¡cuánto daño han hecho las madres posesivas y los colegios segregados británicos!), al desarrollo tardío en la pubertad y/o a las hormonas. He aquí un inadaptado que nunca podrá disfrutar de lo mejor de la vida, alguien a quien hay que compadecer, no culpar. En algunos casos, si se detectan a tiempo, los pacientes pueden responder bien a la terapia. En cuanto al resto..., ay, es muy triste, sobre todo cuando afecta—y admitamos que por desgracia ocurre—a personas realmente valiosas, que habrían tenido mucho que ofrecer al mundo. (Aunque, pese a todo, se conviertan en genios, sus obras maestras están irremediabilmente *pervertidas*). Así que seamos comprensivos, por favor, y no olvidemos el caso de los griegos (aunque no es lo mismo, porque más que neuróticos eran paganos). Digamos incluso que, en algunos casos, esas relaciones pueden ser hasta bonitas..., sobre todo si uno de los dos está muerto, o mejor aún, si lo están ambos.

¡Con qué gusto se entristecería la señora Strunk si se enterase de lo de Jim! Pero, ¡ja!, no lo sabe; ninguno de ellos

lo sabe. Ocurrió en Ohio y los periódicos de Los Ángeles no se hicieron eco de la noticia. George se ha limitado a difundir que hacía tiempo que los padres de Jim, que ya tienen una edad, intentaban persuadirlo de que volviera a casa con ellos y que, tras la última visita, había decidido quedarse en el Este por tiempo indefinido. Lo cual es la pura verdad. En cuanto a los animales, esos recuerdos diabólicos, George tuvo que deshacerse de ellos de inmediato. La mera idea de tenerlos en el vecindario le resultaba insoportable. Así que, cuando la señora Garfein quiso saber si le vendería el pájaro miná, contestó que se los había enviado todos a Jim. Un comerciante de San Diego se llevó todo el lote.

Ahora, cuando la señora Strunk y los demás le preguntan, George responde que, efectivamente, ha tenido noticias de Jim hace poco, que está muy bien. Cada vez le preguntan menos por él. No son demasiado curiosos.

Pero su libro se equivoca, señora Strunk, dice George, cuando afirma que Jim ha sido para mí el mero sustituto de un hijo, de un hermano menor, de un marido o de una mujer de verdad. Jim no reemplazaba a nadie. Y, permítame que le diga, tampoco hay nadie en el mundo que pueda reemplazarlo a él.

Su exorcismo ha fracasado, señora Strunk, dice George sentado en el váter, observando desde su guarida a la mujer vaciar la bolsa de la aspiradora en el cubo de basura. Lo increíble sigue aquí, entre ustedes.

¡Maldición!, el teléfono.

Por muy largo que sea el cable que la compañía telefónica le conceda a uno, nunca llegará hasta el cuarto de baño. George se levanta como puede de la taza y se arrastra hasta el despacho, como el participante de una carrera de sacos.